

en el serrallo, cayó entónces sobre todo lo que habia pertenecido al cuerpo de los genízaros. Mahmoud vengó por fin á Selim, y pudo llamarse soberano, despues de haber expuesto en una jornada decisiva, heróica, pero lentamente preparada, su vida, el trono, el imperio. Triunfó al fin su voluntad, no necesitando ya para regenerar á su nacion mas que un poco de felicidad. Es precisamente lo que los reformadores no tienen hasta despues de su muerte.

### XXIX

A pesar de que la rebelion estaba vencida, que la mayor parte de los genízaros habian perdido la vida en el combate, y que los que evitaron la carnicería y todos sus partidarios, llenos de consternacion y espanto, se escondian en los sitios mas apartadas, la prudencia aconsejaba que se tomasen todas las medidas de seguridad necesarias, haciéndose una prolija policia. Estableciéronse, pues, tanto en el interior como en las puertas de Constantinopla y pueblos de las inmediaciones, numerosas guardias y prescribió-

ronse severas perquisiciones y la mayor vigilancia.

Despues de la victoria, Hussein-Bajá y Mohammed-Bajá habian registrado con todo esmero los cuarteles y alrededores, enviando con buena escolta al hipódromo á todos los genízaros y á sus partidarios que habian huido de Etmeidan y refugiádose allí.

Tambien continuaron las pesquisas la noche siguiente, reconociendo y arrestando, con diferentes disfraces, á muchos promotores de la insurreccion. Otros rebeldes fueron sacados del fondo de sus guaridas donde estaban *como serpientes tiritando de frio*, dice el relato turco. Conducidos sucesivamente al tribunal del gran visir, fueron condenados á *la venganza de la ley* y entregados á *las garras* de la estrangulacion. Figuraban entre ellos oficiales, sargentos y veteranos, cuya perniciosa influencia habia agitado *la espumadera de la caldera de la sedicion*, especialmente el viejo Seymen-Baschi-Mustafa, el vice intendente Mustafa, Yusef-el-Kurdo, Mustafa administrador de la vigésima quinta orta; su hermano Mohammed, el pastelero; el cocinero mayor de la quinta orta, que habia mandado sacar las marmitas del regimiento de los armeros; el colchonero Hussein, antiguo cocinero mayor; el calderero Nedjib, hombre de curtido cutis, de aspecto sombrío y atroz, *en cuya horrible frente parecia estar grabado el proverbio*

*bio* : ¡Siempre será lobo el hijo del lobo! Su padre, el calderero Mustafá, habia sido el mas encarnizado de los facciosos, el instigador mas ardiente de la sedicion en la catástrofe que costó la vida y el trono al sultan Selim.

Tambien estaba entre las víctimas el comandante de los bomberos, que habia tomado una parte activa en todas las insurrecciones, y que se enriquecia con toda clase de rapiñas, sacando del tesoro sumas considerables, so pretexto de reparar y renovar las bombas. «Aga,» dijole el visir, «¿cómo siendo tu misión «correr á los incendios para apagarlos, no venistes «á ofrecer tus servicios cuando el cuartel estaba ardiendo?» El aga respondió, con irónica sonrisa: «El incendio era demasiado violento para poderle «dominar. Además el deber de un vasallo del sultan «era mas bien atizarle.» El visir replicó: «Si hubieras hecho tu deber hácia el sultan y la religion, «hubieras venido al oír las órdenes de nuestro monarca, que han sido transmitidas á todos los musulmanes fieles, marchando con los buenos ciudadanos y combatiendo bajo el estandarte de Mahoma. «¿Qué castigo merece la rebelion contra el sultan, «contra el pontífice del islamismo? ¡Ves á preguntarlo al muftí!» Al instante fué arrastrado el comandante de los bomberos á la sala baja, donde los

verdugos le pusieron un lazo de *piel de serpiente*. «Apretad, amigos míos,» dijo, y murió con feroz valor.

Mustafá el verdulero y Mustafá el borracho, jefes de las dos turbas que habian saqueado los palacios del gran visir y de Nedjib-Effendi, fueron arrestados despues de muchos é inútiles esfuerzos, en una casa donde se habian escondido. El verdulero estaba metido en un cofre encima del cual habia algunas mujeres sentadas. Osman-aga mandó llevar el mismo cofre al gran visir, el cual le expidió al sultan, en cuya presencia sacó el bostandji-baschi á Mustafá de su estrecha prision, diciendo: «La clemencia de «nuestro generoso amo os habia perdonado muchas «faltas y aun colmado de favores, ¿cómo habeis «podido tomar parte en esta nueva rebelion?» El desgraciado quizo negarlo y tartamudeó una respuesta cualquiera. «Las revelaciones de tus compañeros,» prosiguió el bostandji-baschi, «prueban «que el dia de la insurreccion mandastes tú precisamente á algunos miserables para que gritasen en «las calles, que se prendiese á las mujeres de los «partidarios del gobierno y vendiesen los niños diez «pesos, los vestidos cinco. ¿Puedes probar lo contrario?» Mustafá tuvo que confesar que habia recurrido á aquella medida para reunir gente, y dando

gracias entónces el sultan al cielo por haber malogrado tan odiosos proyectos, añadió : « ¡ Bendito sea « el nombre del Todopoderoso que ha encerrado en « un estrecho cofre á este hombre, cuyo orgullo no « estaba á sus anchuras en el vasto recinto de Cons- « tantinopla ! »

## XXX

Algunos dias despues, veinte mil dervises, lepra del imperio, fueron expulsados de la capital á las montañas del Taurus, las cuales infectaban constantemente con sus supersticiones, mendicidad y escándalos. En algunos meses, reveló un ejército regular con su valor y disciplina, el génio natural de los otomanos, probando tambien Mahmoud que no solo habia destruido sino que habia creado.

Pero la virtud del emperador Alejandro no podia contener mas tiempo la ambicion rusa en los consejos de San Petersburgo, y creyendo, por la complicidad de Francia é Inglaterra en el desmembramiento de la Grecia, que sus aliados le abandonarían sin objecion las fronteras del imperio otomano, un ejército ruso de ciento veinte mil hombres pasó el Da-

nubio, so pretexto de obligar al divan á ratificar la emancipacion del Peloponeso. Creia Rusia, que enervado el imperio por el exterminio y proscripcion de cuatrocientos mil genizaros, cederia al menor movimiento. Respecto á los embajadores de Francia é Inglaterra, ambos abandonaron cobardemente á Mahmoud á la presion de los rusos.

Aunque no contaba este con sus aliados naturales, no solo no se desanimó sino que mandó de Varna y Schumla á Belgrado cien mil hombres á las órdenes de Hussein-Bajá, el exterminador de los genizaros, para cubrir y defender las fortalezas del imperio. Por su parte, el emperador Nicolas fué á animar á sus generales con su presencia, cayendo en poder de los rusos Ibrail y Matchin. Varna, donde el capitán-bajá Islet se habia encerrado, rechazó heroicamente por espacio de dos meses los asaltos de los rusos; pero la traicion ó la cobardía debia hacer lo que las armas no podían conseguir. Yousouf, bajá de Varna, se pasó al campamento de los rusos, declarando que la obstinacion del capitán-bajá sacrificaba en vano los restos de una ciudad que no podia defenderse mas tiempo, y aceptando una suerte espléndida de sus enemigos, no obstante sus inmensas riquezas cerca de Seres en Macedonia, fué causa que Varna sucumbiera.

El gran visir Selim-Bajá, cuya inercia irritaba á Mahmoud, cedió el sello del imperio al valeroso Islet-Bajá, vencido sí, pero vencido solamente por la traicion en Varna; mas no teniendo mas genio militar que su intrepidez, y no pudiendo detener á los rusos en la campaña del Danubio de 1829, fué reemplazado por Reschid-Bajá, el cual dió la batalla de Kuletscha, donde por primera vez se sirvieron los turcos de la bayoneta contra los rusos. Schumla cubrió la retirada imponente de Reschid, mas Silistria cayó en poder de Diebisch y los Balkanes, baluarte hasta entónces inexpugnable de Andrinópolis, fueron atravesados. Reschid abandonó precipitadamente á Schumla para alcanzar á los rusos en su rápida marcha sobre Andrinópolis; mas habiendo sido vencido en la batalla de Selimno, Diebisch entró en la segunda capital del imperio. Solo el pequeño número de rusos y la desesperacion de los otomanos cerraba á los primeros el camino de Constantinopla.

Mahmoud tuvo que firmar la paz de Andrinópolis, que apénas diferia de la de Bucharest, pues Rusia se contentaba con recorrer sucesivamente las provincias de la Europa otomana como para estudiarlas y prepararlas á su yugo; retirándose en seguida con aparente moderacion, á fin de no provocar los clamores del mundo.

## XXXI

Todas las adversidades asediaban á la vez al infortunado reformador del imperio; vencido por los rusos, despojado por los griegos, atormentado por los ingleses, abandonado por los franceses, faltábale solamente la agresion de un bajá sublevado, á quien no habia colmado de favores mas que para aumentar su poder é ingratitud.

La independenciam de Grecia, la toma de Andrinópolis, la connivencia de Inglaterra y Francia en el reparto de la Turquía de Europa, excitaban la codicia de Mehemet-Ali á tal punto, que su ambicion veia tal vez en perspectiva el dominio del imperio entero. Verdad es que la fortuna le estimulaba en todos conceptos. La revolucion de 1830 en Francia habia confiado el gobierno al partido liberal, el cual confundíase entónces, por una extraña coalicion, con su enemigo natural, el partido bonapartista. Las preocupaciones soldadescas de este simpatizaban viva y parcialmente con Mehemet-Ali, soldado que, como el amo de la Francia, habia llegado á la cúspide del

poder; llamaban al bajá el Bonaparte de la Arabia, considerando al soberano del desierto de Suez, como un enemigo de los ingleses, capaz de disputarles el istmo y bloquearlos en el mar Rojo en la India. En vano disipaban este ensueño las dos ocupaciones de Egipto, las flotas y desembarcos británicos; resentido el partido bonapartista contra Inglaterra, recomendaba sus sueños diplomáticos á la opinion ignorante del pueblo.

Mehemet-Alí conocia y conservaba hábilmente su popularidad en Francia reclutando los restos del ejército de Napoleon y recompensando generosamente sus servicios. Los oficiales de Napoleon formaban sus instructores y le organizaban sus tropas, pues el genio árabe concuerda admirablemente con el genio de los franceses. Una flota y un ejército formidables, un tesoro inmenso, una diplomacia fácil de halagar y corromper, su popularidad en Francia que aumentaba con periódicos asalariados, en fin, un general intrépido y experimentado como Ibrahim-Bajá, disipaban el único escrúpulo que podia tener Mehemet, el de no conseguir sus usurpaciones.

## XXXII

Sin embargo, con la astucia griega que caracterizaba á aquel hijo del Epiro, cubrió su súbita invasion en Siria con un pretexto de querrela puramente personal entre él y Abdallah, bajá de San Juan de Acre. Su hijo Ibrahim sitió esta ciudad apoderándose militarmente de Gaza, Jaffa y Caifa, pueblos del litoral de la Palestina, obligando en fin á capitular á Abdallah, á quien mandó prisionero á su padre.

No habiendo llegado á tiempo Osman-Bajá, que por orden del sultan habia ido á socorrer á Abdallah, y no atreviéndose á esperar á Ibrahim, refugióse con el ejército otomano en los muros de Alepo, dejando á los egipcios atacar y tomar á Damas, capital de la Siria. Siguiendo Ibrahim las orillas del Oronte, encontró en Hems al bajá de Alepo con veinte mil turcos, á quien el terror solo del nombre de Ibrahim vencian, y una batalla le somete Alepo. Hussein-Bajá, el azote de los genizaros, defendia aun los desfiladeros del Taurus, verdaderas puertas de la Carama-

nia; pero Ibrahim vence en Beilan á sus veinte mil hombres, conquistando así la Siria entera. Mehemet mandó á su hijo que pasase el Taurus continuando sus victorias hasta obtener del divan las sumisiones que un conquistador impone á los vencidos. Reschid-Bajá, tan acreditado por sus victorias en Albania y Grecia, fué nombrado gran visir, y marchó con sesenta mil hombres, última fuerza regular del imperio, á tomar las colinas que hay entre Kutaiah é Iconium y que forman los desfiladeros interiores de la antigua Capadocia. Incomodados sus flancos por el ejército de Ibrahim, y atacado de frente por el mismo Ibrahim, cae del caballo combatiendo no por la victoria sino por la vida y es recojido por los egipcios cubierto de heridas. Prisionero el gran visir, no solo se dispersó el ejército sino que la capital se llenó de consternacion.

Abandonado Mahmoud por la fortuna y sus propios vasallos, la desesperacion le hizo dirigirse á Rusia implorando la proteccion de sus enemigos contra los rebeldes. La flota rusa fondeó el 20 de febrero 1833, en el Bósforo, desembarcando treinta mil rusos auxiliares en las costas de Asia, y el emperador de Rusia favorecido por el crimen de un bajá rebelde, por el desaliento de los turcos, por la inaccion política de Francia é Inglaterra, era dueño de la capital y del

imperio de los sultanes, pudiendo su edecan y favorito el conde Orlof dictar leyes al divan.

Al fin alarmóse Francia, mas ya era tarde. En vano su embajador el almirante Roussin, ofreció su mediacion á Mehemet-Alí; ébrio el bajá con sus victorias rechazó como inaceptables todas las condiciones que no le asegurasen la Siria, la Arabia, y hasta la provincia de Adana, puerta de la Caramania, que queria tener abierta para sus futuras invasiones. En vano tambien el encargado de negocios de Francia, M. de Varennes, diplomático activo y experimentado, marchó al campamento de Ibrahim para modificar las exigencias del rebelde; el hijo fué tan inflexible como el padre y el sultan tuvo que ceder la Siria y Adana al bajá de Egipto, á quien estas conquistas hacian mas poderoso que su amo.

Francia, á quien tan mal ilustraba su ministerio, expió la loca popularidad con la cual había estimulado la ambicion del egipcio, pues la mitad del imperio cayó bajo el protectorado de los rusos, y la otra mitad bajo el sable de un bajá, árbitro único del Asia, no quedando á Francia contrapeso posible contra Rusia en Europa, ni contra Inglaterra en Asia. La impericia del gabinete parlamentario de las Tuillerías entregaba el Mediterráneo, Danubio, Pruth, Eufrates, istmo de Suez, Grecia, mar Negro y mar

Rojo á nuestros enemigos para halagar la ignorante parcialidad de la tribuna y de la prensa de Paris.

Mas avanzó en aquel callejon sin salida la política extranjera del ministerio de M. Thiers, pues exponiendo Europa á un incendio universal para sostener los intereses anti-franceses del aventurero de la Cavala. No parecia sino que un acceso de demencia dominaba la opinion francesa engañada. Un protectorado europeo del imperio otomano, distribuyendo territorios y mares por parte iguales á las grandes potencias continentales y maritimas bajo la soberanía nominal de los sultanes, hubiera sido ménos insensato que aquella division en dos partes, entre Rusia y Egipto.

Austria é Inglaterra comenzaban á comprenderlo, y la misma Rusia, ménos impaciente entónces por conquistar que por congratularse el afecto de los turcos, protestaba contra la política exclusivamente egipcia del gabinete francés, firmando con la Puerta el tratado secreto de Ünkjar-Skelesi. Obligábase Rusia á socorrer al sultan contra sus enemigos interiores y exteriores, á su primer aviso, obligándose en cambio la Puerta á cerrar los Dardanelos á los navíos de guerra de las otras potencias. Los Dardanelos eran pues una puerta rusa cuyas llaves conservaba el sultan, pero siempre á disposicion de su aliado y protector.

## XXXIII

Aunque dueño Mehemet-Alí del Taurus, de la Siria, Arabia y Egipto por la convencion de Kutaiah, no cesaba de negociar unas veces con las potencias occidentales, otras con el mismo sultan, para conseguir la investidura soberana y hereditaria de aquel vasto imperio, arrebatado por las armas á los otomanos. Miétras que Austria, Inglaterra y Francia, algo entibiadas por tantas exigencias, discutian ó negaban sus deseos, el sultan, seguro del apoyo de los rusos, se indignaba contra tantas humillaciones.

Mehemet-Alí recurrió, para seducirle, á los halagos despues de los ultrajes, enviando á Constantinopla, cerca de la sultana Validé, para negociar y corromper, á la hermosa viuda de su hijo Ismail; mas ni la belleza, ni los tesoros, ni la elocuencia de esta negociadora pudieron vencer en el haren los resentimientos de Mahmoud, volviendo á Egipto Zehra-Cadoun con una negativa absoluta.

Francia, mas feliz ó imprevisora, arrancó á Mahmoud la herencia de Egipto para su protegido, si

bien negoció tibiamente la de Siria, que tambien deseaba, y que no logró. El interés de un bajá, elevado desde una simple tienda en Epiro á la soberanía del Nilo, agitó Europa nada ménos que nueve años.

## XXXIV

La guerra estalló de nuevo en 1838 entre la Puerta y Egipto, y habiendo muerto en su campamento, Reschid-Bajá, gran visir entónces y generalísimo del ejército reunido en Siria, sucedíale como jefe del mismo Hafiz-Bajá, tan valiente y hábil como desgraciado, y avanzando con ciento cincuenta mil hombres hasta el valle del Eufrates. No compartiendo el ministerio francés del 12 de mayo, presidido por el mariscal Sault, la infatuacion del precedente por Mehemet-Alí, mandó cerca de este á uno de sus edecanos, M. Callier, tan cumplido negociador como militar, para observar y contener el choque de ambos ejércitos.

El 24 de junio atacó Hafiz-Bajá con tanta impetuosidad al enemigo, que no pudiendo Ibrahim resistir al valor de los turcos, trataba en vano de dominar la

huida general cuyo torrente le arrastraba á él tambien, cuando su segundo jefe Soliman-Bajá, oficial francés llamado Sève, y naturalizado en Egipto, detuvo con su metralla las masas turcas salvando á su general y á su ejército. Vuelve Ibrahim con sus columnas ya rehechas y ataca los turcos destrozados por las baterías de Soliman; y declarándose en retirada los auxiliares turcos de Hafiz y envuelto este no obstante su valor por los escuadrones en dispersion, tiene que abandonar el campo de batalla, sus tiendas de campaña; doscientos cañones y veinte mil fusiles para acelerar la huida de los cobardes.

El ayudante del mariscal Sault, Callier, llegó al campamento de los egipcios el dia de la batalla, y habiendo sido admitido en la tienda de campaña del vencedor consiguió, á fuerza de insinuaciones y amenazas, detener á Ibrahim al pié del Taurus. La batalla de Nezib fué solamente, merced al negociador del ministerio francés, una victoria mas para Ibrahim y una derrota mas para los turcos, pero no por eso conmovió ménos al imperio, dando el último golpe á la vida del sultan, abrumada al fin por tantos esfuerzos y vencida por tantos reveses.

Es seguro que sus desgracias hubieran apurado la energia vital de diez reformadores, y sin embargo su cuerpo solo y no su alma se rendía entónces. Treinta



años sostuvo la caída de un imperio que apesar de estar carcomido por la vejez, no cesó un dia de ayudar para rejuvenecerle. Solo la posteridad podía juzgarle; del mismo modo que sucedia con los colosos derribados por los pastores de Persépolis, no debian medirse bien sus proporciones sino tendidos en el suelo.

Dejemos un momento al soberano en la escena política para contemplar al hombre en el interior de su serrallo.

### XXXV

La Providencia habia negado á Mahmoud uno de esos ministros como los Kiuperli que inspiran ó ejecutan los pensamientos de un reinado, admitiendo la responsabilidad de los reveses y dejando á su amo la gloria de los triunfos. Despues de haber ensayado muchos hombres secundarios, habia sido al fin y al cabo su propio ministro; sus proyectos eran demasiado grandes para otras cabezas, y así fué el blanco de las quejas, murmuraciones, pusilanimidad y desafeccion de su pueblo. Vanamente buscó, con el co-

razon lleno de confianza y amistad, favoritos ó amigos entre sus ministros.

La primera y mas constante de sus afecciones fué Halet-Effendi, ministro hábil para las intrigas y de brazo feroz, á quien los testigos íntimos del reinado de Mahmoud atribuyen la carnicería de los griegos en Constantinopla y las primeras severidades contra los genizaros. Halet nombraba los visires, sirviéndose de ellos como dóciles instrumentos de su poder.

Uno de estos instrumentos, el gran visir Deli-Abdallah, rebelóse contra la mano que pretendia avasallarle, y estallando una noche, á instigacion suya, un incendio y una rebelion en los cuarteles, declaró al sultan que los soldados pedian á voces la cabeza de Halet. A fin de preservar la vida de su amigo, Mahmoud le desterró á Koniah, para donde salió antes de amanecer.

« Marchando á pié » dice el jefe de su escolta, « detrás del carro de bueyes que llevaba á sus mujeres é hijos, Halet seguia con tristeza las sinuosidades del camino escuchando los pasos de cada caballo que llegaba de Constantinopla, esperaba ver á cada instante algun mensajero de su amo que le llamase otra vez á su elevada posicion. » Al fin llegó lentamente á su destierro, sin haber visto mas que el polvo del camino y los carriles de su carro de bueyes.

« El poder » decia á sus soldados « es como la cúspide de un minarete donde no cabe mas que un hombre; el que como yo sube á él no debe permitir que ninguno le acompañe so pena de ser precipitado como yo, desterrado ó muerto; debe por el contrario inmolar sin piedad á todos los que traten de subir á esa culminante cumbre! »

Su rival Deli-Abdallah siguió sus máximas, retirado Halet á Koniah en un tekké (convento de dervises) donde se creia inviolable, recibió por mano de un capidji enviado por el sultan, la orden de entregar su cabeza. Sacando su sable la disputó con desesperacion á sus asesinos, pero algunos dias despues estaba colocada en una bandeja de plata en la puerta del serrallo, con gran satisfaccion de sus rivales.

## XXXVI

El visir Pertew-Bajá, á quien despues de Halet-Effendi afeccionó mas tiempo, tuvo igual suerte. Desterrado hacia algunos meses en Andrinópolis y esperando en medio de su vida poética y estudiosa volver al favor y á la fortuna, sorprendióle una violenta

muerte. El siguiente relato de uno de los ejecutores de su suplicio nos revela su estóica agonía.

« En octubre 1837 saliendo Pertew del baño y sabiendo que Emin, bajá de Andrinópolis, tenia que comunicarle noticias de Stamboul, despues de una hora de descanso, mandó ensillar su mula y fué al palacio con uno de sus servidores.

« Eran las tres de la tarde. El bajá se levantó y haciéndole sentar en su divan, cerca de él, sirvióle la pipa y el café, despues de lo cual reinó el mayor silencio. Jóven todavía, hijo generoso de Reschid-Mehemet, ignoraba el bajá el arte del verdugo y no hallaba mas que benévolas palabras para la víctima, inspirándole una especie de terror de su mision, su respeto hácia el condenado, y su sorpresa por el inusitado rigor del sultan. Pertew fué el primero que rompió el silencio: « ¿ Parece que teneis que comunicarme noticias de Stamboul? »

« A estas palabras las facciones de Emin revelaron su dolor y tartamudeando, con oprimido corazon y sin poder significarle la funesta sentencia, le entregó el firman. Despues de haberle llevado á su boca y frente, Pertew abrió lentamente el escrito imperial leyéndole hasta el fin sin demudarse. Dóblale despues y colocándole encima de un almohadon, da una palmada para llamar: